

El Herald del Istmo

ANO 1.º

Panamá, 5 de Agosto de 1904.

NUM. 14

REFLEJOS DE PARIS

POR MANUEL UGARTE

ÍDILIO

*En la alameda tranquila
que bordea la laguna,
nos dió alcance la pupila
soñadora de la luna.*

*Las parejas se alejaban
tras los árboles espesos
y en la atmósfera dejaban
como estela muchos besos.*

*Te apoyaste sobre el brazo
que en silencio te tendía
y anduvimos largo plazo
con la luna por espía.*

*Las pisadas resbalaban
sin dejar ruido ni huellas,
nuestros ojos navegaban
en la noche como estrellas,*

*y tu cuerpo tan pequeño
como silueta divina,
engarzado en el ensueño
de la blanca muselina,*

*te hacía más hechicera
que todas las ricas gatas...
y parecías ligera
como si tuvieras alas....*

*(En la alameda tranquila
que bordea la laguna,
nos dió alcance la pupila
soñadora de la luna).*

*Y por rutas lentadoras
bajo la noche estrellada,
anduvimos muchas horas
sin poder decirnos nada.*

LOS OBREROS

*Bajo la aurora roja que clarea,
por el camino blanco de la aldea
desfilan los obreros en cuadriga....
Resignados y mudos, los colosos,
dejan colgar los brazos poderosos
al azar de la marcha y la fatiga.*

*Tienen perfiles anchos y salientes,
el cabello les cae sobre las frentes,
las espaldas son bloques de cantera....
y cuando están dispersos y distantes,
se recortan al sol como gigantes
que marchan al asalto de una hoguera.*

*Ante ellos, entre tules de neblina,
alzan las chimeneas de la USINA
sus dos brazos de sangre coagulada,
y en la amarga tristeza del paisaje,
aquella oscura muchedumbre en viaje
parece una gran fuerza maniatada.*

*Deja tras ella muerto el caserío
donde tiritan de dolor y frío
las mujeres, los niños, los ancianos....
... Al obrero que vuelve la cabeza
se le anegan los ojos de tristeza
y se le crispan sin querer las manos.*

*Pero por sobre el ala de amargura
que cubre como un techo la llanura,
flota una claridad destumbradora...
Es la esperada redención que viene:
entre las manos, como cetro tiene
las fulgurantes llamas de la aurora.*

*Y la oscura y doliente caravana,
entonando los cantos de mañana,
entra á su negra cueva de dolores,
como una tempestad hecha poeta,
que al fin estallará sobre el planeta
en una colosal lluvia de flores.*

El Herald del Istmo

—Director - Propietario: GUILLERMO ANDREVE—

PANAMA, 5 DE AGOSTO DE 1904.

SUMARIO. —REFLEJOS DE PARIS (Poesías), *Manuel Ugarte*. —MATICES (Poesías de Magallanes Moure). —PALIMPSESTO (Poesía), *Rubén Darío*. —EN EL GUAYAS, *Dario Herrera*. —A JOSÉ SANTOS CHOCANO (Soneto), *José Olivares*. —CUARTEL DE LAS MONJAS, *Simón Rivas*. —LA MUERTE DE VERLAINE, *Alejandro Suwa*. —LES PLAINTES (Poesía), *Maurice Rollinat*. —MUERTA (Poesía), *Jerónimo Ossa*. —ISAÍAS GAMBOA. —PÁGINAS DEL ISTMO (Corsarios y Piratas), *S. J. B.* —DEL NATURAL, *Julio Arjona Q.* —NOTAS ARTÍSTICAS Y LITERARIAS—LAS MONEDAS, *Angel de Estrada H.* —NOTAS.

Matices

Poesías por M. Magallanes Moure.

POR el último correo del sur, entre un montón de cartas, revistas y periódicos, he recibido un libro encantador, un pequeño libro de poesías, titulado *Matices*, que desde Santiago de Chile me envía de cariñosa dedicatoria su autor, el inspirado Magallanes Moure, director de la notable publicación *Chile Ilustrado*.

Lo tengo, mientras escribo, abierto sobre mi mesa de trabajo, después de haber recorrido ansiosamente sus cincuenta páginas, y aún me siento impresionado por la armonía evocadora de misterio de sus versos sugestivos.

Magallanes Moure—según el decir de Isaías Gamboa, el bardo que se va tristemente—es un artista dichoso. Pintor delicado, poeta exquisito y *amateur* musical, tiene á su disposición todos los medios que brinda el Arte, para dar salida al ansia interior de su alma soñadora.

Sus versos por eso parecen trozos musicales á veces, como á veces semejan croquis y bocetos escapados de la cartera de un Apeles mágico.

Sólo integran el libro cariñoso, que ya me finjo un viejo amigo que retorna después de larga ausencia, diez composiciones, todas tan exquisitas, tan de gusto moderno, que en ese corto número es imposible establecer preferencias, pues todas resultan igualmente apreciadas. Y es que seguramente el autor, haciendo de *Matices* cofre de nacar depositario de joyas de valía, ha sacrificado, con aristocrático orgullo, la cantidad en beneficio de la calidad.

Magallanes Moure me seduce, Habla en sus versos un idioma nuevo que suena muy bien á mis oídos de intelectual moderno, enemigo de todo lo vulgar, de las aspiraciones mediocres, de los versos medidos á manera de percalas y cotonías, de las largas tiradas de estrofas de metro más ó menos fácil, que no encierran una idea nueva ni un pensamiento elevado. Y es que creo firmemente que la poesía no debe ser un raudal de palabras huecas combinadas de manera mecánica, sino que es al contrario la fuerza superior é irresistible que proporciona á los inspirados la manera de vaciar en el molde de versos magistrales los estados psíquicos de la naturaleza humana en sus diferentes manifestaciones.

Esto hace el artista chileno y aquí hallo la razón de por qué su libro me deja gratamente impresionado, haciendo que sueñe con cosas vagas apenas adivinadas á través de sus páginas. Hubiera querido al concluir la lectura marchar sin rumbo, avanzar siempre, respirando á pleno pulmón todas las emanaciones de las campañas floridas, esperando ver surgir un algo, ese algo que todos perseguimos, esa aspiración á una felicidad nunca realizada, ese ensueño humano largo tiempo acariciado. Luego, pasando de unas impresiones á otras con fantasmagórica rapidez, abandonando la poesía por el poeta, entré á hacer toda clase de conjeturas sobre su vida, su obra, su naturaleza física y moral, formándome acerca de él más de una idea extraña muy apartada de la realidad.

Pienso yo que si de una obra debe juzgarse por el efecto que causa su lectura, por la influencia secreta que ejerce, por lo que hace sentir y ver, justo es dar la enhorabuena al compañero en letras, pues su libro, no me canso de decirlo, ha producido cautivadora impresión en mí, despertando viejos anhelos y robusteciendo mis convicciones de luchador infatigable del Ideal. Y como en mí, es igual seguramente la impresión que lleve á todos los temperamentos de intelectuales que amen la belleza de la forma unida á la grandiosidad de los pensamientos.

Reciba, pues, el artista dichoso—que dice Isaías Gamboa—mis felicitaciones al par de mis agradecimientos.

AURELIO MAXIMO.



Una obra es la Naturaleza vista á través de un temperamento.—*Emile Zola*.

*

En el sentido estricto de la palabra, no hay escuelas, pues cada poeta tiene una individualidad, á la cual no puede nunca renunciar.—*Jean Moreas*.

*

Todos los hombres que luchan por la vida, que están presos en su lodo, son más filósofos que Schopenhauer, porque jamás una idea abstracta tomará una forma tan precisa como la que el dolor arranca al cerebro.—*Máximo Gorki*.

Palimpsesto

POR RUBEN DARIO

*Escrita en viejo dialecto eolio
Hallé esta página dentro un infolio
Y entre los libros de un monasterio
Del venerable San Agustín.
Un fraile acaso puso el escolio
Que allí se encuentra; dómine serio
De flacas manos y buen latín.
Hay sus lagunas.*

... Cuando los toros

De las campañas, bajo los oros
Que vierte el hijo de Hiperión,
Pasan mugiendo, y en las eternas
Rocas salvajes de las cavernas
Esperezándose rugo el León,

Cuando en las vírgenes y verdes parras
Sus secas notas dan las cigarras,
Y en los panales de Himeto deja
Su rubia carga la leve abeja
Que en bocas rojas chupa la miel,
Juntos á los mirtos, bajo los lauros,
En grupo lírico van los centauros
Con la armonía de su tropel.

Uno las patas rítmicas mueve,
Otro alza el cuello con gallardía
Como en hermoso bajo-relieve
Que á golpes mágicos Scopas haría;
Otra alza al aire las manos blancas
Mientras le dora las finas ancas
Con baño cálido la luz del sol;
Y otro saltando piodras y troncos
Va dando alegre sus gritos roncocs
Con el ruido de un caracol.

Silencio. Señas hace ligero
El que en la tropa va delantero;
Porque á un recodo de la campaña
Llegan en donde Diana se baña.
Se oye el ruido de claras linfas
Y la algazara que hacen las ninfas.
Risa de plata que el aire riega
Hasta sus ávidos oídos llega;
Golpes en la onda, palabras locas,
Gritos joviales de frescas bocas,
Y los ladrillos de la trailla
Que Diana tiene junto á la orilla
Del fresco río, donde está ella
Blanca y desnuda como una estrella.

Tanta blancura que al cisne injuria
Abre los ojos de la lujuria;
Sobre las márgenes y rocas áridas
Vuela el enjambre de las cantáridas

Con su bruñido verde metálico,
Siempre propicias al culto fálico.
Amplias caderas, pie fino y breve;
Las dos colinas de rosa y nieve....
Cuadro soberbio de tentación!
¡Ay del cuitado que á ver se atreve
Lo que fué espanto para Acteón!
Cabellos rubios, mejillas tiernas,
Marmóreos cuellos, rosadas piernas,
Gracias ocultas del lindo coro,
En el herido cristal sonoro;
Seno en que hiciérase sagrada copa;
Tal vé en el silencio la ardiente tropa.

¿Quién adelanta su firme busto?
¿Quirón experto? ¿Folo robusto?
Es el más joven y es el más bello;
Su piel es blanca, crespo el cabello,
Los cascos finos, y en la mirada
Brilla del sátiro la llamarada.
En un instante, veloz y listo,
Á una tan bella como Kalisto,
Ninfa que á la alta diosa acompaña,
Saca de la onda donde se baña:
La grupa vuelve, raudo galopa.
Tal iba el toro raptor de Europa
Con el orgullo de su conquista.

¿Á dó va Diana? Viva la vista
La planta alada, la cabellera
Mojada y suelta; terrible, fiera,
Corre del monte por la extensión;
Ladran sus perros enfurecidos;
Entre sus dedos humedecidos
Lleva una flecha para el ladrón.

Ya á los centauros á ver alcanza
La cazadora; ya el dardo lanza,
Y un grito se oye de hondo dolor:
La casta diva de la venganza
Mató al raptor....

La tropa rápida se esparce huyendo,
Forman los cascos sonoro estruendo.
Llegan las ninfas. Lloran. ¿Qué ven?
En la carrera la cazadora
Con su saeta castigadora
A la robada mató también.



Aprended á hacer uso en la paz de vuestros
derechos que habéis conseguido en la guerra; que
no se deben conformar los hombres con menos,
porque esto conduce al servilismo, ni pretendáis
más porque os llevaría á la anarquía. La obser-
vancia estricta de la Ley es la única garantía pa-
ra todos. —*Máximo Gómez.*

En el Guayas.

POR DARIO HERRERA

FUE una sorpresa aquel despertar, anticipado por los ritmos sonantes de una música de banda. Me hallaba á bordo del *Imperial*, frente á la isla de san Pedro, en la entrada del Guayas, el gran río ecuatoriano. Amanecía. La tarde anterior pasamos cerca de la "Isla del Muerto," y en verdad, el peñasco, bajo las brumas crepusculares, daba la impresión de un cadáver de cíclope, inmovilizado sobre la movilidad de las olas. A las ocho fondeamos en la desembocadura del río, y se aguardaba el día para proseguir el viaje, por entre la multitud de bancos arenosos, con rumbo á Guayaquil, distante aún siete horas. Nos rodeaba una tierra desierta y montañosa. ¿De dónde brotaba aquella música?

La respuesta la obtuve en seguida: alguien llamó á la puerta del camarote, y la lámpara eléctrica recortó luego, dentro del marco, la figura morena del coronel Alfaro, hermano del Presidente del Ecuador, y alto magistrado él también. "Los amigos —me dijo— han venido á buscarme en un vaporcito: si quiere evitarse las incomodidades de la Aduana, venga con nosotros". Agradecí la invitación, sin aceptarla. No estaba mi espíritu propicio para ese arribo bullicioso á la ciudad extranjera. Dejaba atrás la patria, bruscamente abandonada; dejaba el hogar, que mis ojos no volverían á ver— el hogar con todas sus tradiciones seculares,—y en él á la madre y al padre, nevados de años, abatidos en sus lechos de enfermos, próximos, muy próximos ya al desligamiento de la vida. Y allá quedaba, perdurando en las fisonomías y las cosas, la infancia con sus inconciencias felices, con sus juegos y alegrías; quedaba la primera juventud, con sus entusiasmos, sus revelaciones y sus sueños, con sus emociones y sus goces... El pasado triste; el future opresoramente misterioso... No, no estaba mi espíritu para esa llegada al país desconocido, entre músicas, y brindis y vítores, vibrantes ahora en una sola ráfaga... El coronel debía encontrarse ya entre los suyos.

*

El vapor navegaba sobre el estuario cuando subí á cubierta. La mañana era lluviosa y opaca. La temperatura, fuertemente cálida. Una enorme nube plomiza, desde la curva del este, se extendía hasta más acá de la mitad del cielo, dejando sólo limpio el norte y el extremo oeste. Bajo ella, el sol ni siquiera se adivinaba. La lluvia caía menuda, compacta, y, en bruma acuosa, les quitaba á los objetos lejanos su aspecto real, esbozándolos con vaguedades fantásticas. Así, la cordillera andina, en el fondo del horizonte—y en la región donde con más poderío yergue su pesado engranaje de montes y volcanes—se hacía leve como una ficción de celajes. A la izquierda, á cien metros, muy corto, muy ancho, iba el vapor fluvial. En su cubierta se agitaban, en muchedumbre apiñada, los amigos del coronel Alfaro, con el abigarramiento de sus trajes militares. Dos bandas, en el entrepuente, tocaban, turnándose; y valeses y aires marciales sucedíanse sin interrupción. A ratos,

perforaba la onda melódica el estampido de un tonopazo. Detrás del vaporcito se dilataba la ría, incierto su límite tras el velo pluvioso; y cerca de la margen derecha, rozando las ramas con el casco, el *Imperial* marchaba. Su proa fina hendía la corriente, y al rasgarse el aguá, se encrespaba en olas espumantes. En la cubierta, protegidos de la lluvia por el toldo de proa, algunos pasajeros contemplaban el paisaje. Entre ellos, una linda niña canadiense, en la adolescencia, abría sus pupilas azules ante la extraordinaria exuberancia de aquella naturaleza. Las tonalidades verdes del follaje se amortiguaban en el gris de la mañana, adquirido uniformidad aterciopelada; y el enmarañamiento de los bosques desfilaba sin término, en una sola, impenetrable masa oscura. Canoas y pequeñas goletas, con el velamen desplegado, aparecían, se aproximaban y desaparecían fugaces por la popa del barco. De las tupidas redes de juncos levantábanse bandadas de aves, pintando en la atmósfera turbia su estallante policromía. Y la vida vegetal se desbordaba siempre por la orilla, en un empuje violento de savias, en una irresistible marejada de hojas.

Era sin duda aquél un espectáculo maravilloso para el grupo de pasajeros. Todos miraban agrandando los ojos, silenciosamente. Originarios de los climas fríos, su primera impresión de las selvas del trópico, en su paso á vuelo de pájaro por el ferrocarril del Istmo, se ahondaba ahora, frente al apogeo de estas germinaciones inauditas. De pronto el panorama entero resplandeció. La lluvia había cesado, y la rube que cubría los dos tercios del cielo se partió en varios fragmentos, dejando libres anchos claros del azul. Desde uno de ellos, el ardiente, el calcinante sol ecuatorial vertía sobre la tierra sus cataratas de fuego. Los horizontes retrocedieron. La orilla izquierda del Guayas se precisó á la vista, en su lejanía cerleca. La de la derecha, casi en contacto con nuestro barco, surgía con más intenso relieve, detallando los cambiantes de sus verdes, el complicado tejido de sus ranas, el esfuerzo impetuoso de sus copas. La superficie del río espejaba, y en el olaje espumoso de la hélice había mil hervores diamantinos. Un vuelo de garzas nevó en el aire los copos de sus plumas. A distancia, la ciudad se acusaba, todavía informe, en una mancha blanca; y sobre el fondo cristalino del cielo, los Andes, superponiéndose en mostruosas graderías, lanzaban al infinito sus moles. En medio de ellas, más alto, lleno de soberanía en su blancura inviolada, el Chimborazo, á centenares de kilómetros, se destacaba contra la parábola celeste como una pirámide de plata... Al mismo tiempo las dos bandas de música del vaporcito, siempre paralelo al nuestro, rompieron en un himno, cual si con él celebrasen el advenimiento del astro, el gran purificador de aquellas zonas. En la cubierta del *Imperial*, el grupo de pasajeros se dispersó para admirar, cada uno por su lado, lo que más le atraía del mágico paisaje; y la niña canadiense, en el extremo de la proa, quedó solitaria, bajo el baño de luz, siendo así, en su hermoso tipo rubio, como el complemento armónico de aquel triunfo solar.

*

Las primeras casas del suburbio de Guayaquil aparecieron á mediodía, envueltas en una atmós-

fera de lluvia, más fina y compacta que la precedente. El sol tuvo un reinado efímero; los fragmentos de nubes, como rollos de telas, se desdoblaron, se ensancharon, se juntaron, soldáronse, y fueron ya una inmensa techumbre de zinc, extendida hasta los confines del cielo. En aquel ambiente, la visión de la ciudad penosa. Desde el vapor, en el desfile asimétrico de la edificación suburbial, veíanse lagunas y pantanos, reemplazando a las calles: algunos habitantes cruzaban el fango sobre puentecitos de madera. Después emergió la Avenida Olmedo, semejante al lecho limoso de un río. Luego, el comienzo del malecón. En seguida, todo él, con su muchedumbre circulante, desdeñosa de la lluvia, con su mercado al aire libre, y con su vasta línea de casas, tatuadas de avisos y rótulos comerciales, en frente de otra línea, no menos vasta, de canoas, de goletas, de veleros grandes y vapores pequeños, atracados a la orilla... Habíamos llegado.

Allí concluía mi viaje y comenzaba lo desconocido. ¿Lo desconocido alegre? ¿Lo desconocido triste? Con la vista recorría la extensa fila de casas todas de madera, como las restantes, de arquitectura singular—cavadas en su parte inferior por anchos portales de columnas, y la superior, sin balcones, ostentando en el muro salientes puertas de cuadros levadizos con persianas giratorias—producción en mi espíritu la secreta angustia que inspiran las fisonomías y los paisajes nuevos, cuya impenetrabilidad tiene siempre algo de hostil. Y nunca como entonces, en que la tierra propia, el hogar, los amigos de todas las horas, pertenecían a un pasado de sólo cuatro días, fué tan intensa mi sensación de soledad y de expatriamiento... Un abrazo, estrechándome cariñoso, destruyó aquél primer brote de nostalgia. El compañero de la niñez, casi hermano, estaba á mi lado y me daba en su abrazo la bienvenida. Caso raro el de aquélla amistad: nacida entre dos familias, en la época de la Colonia, venía transmitiéndose de padres á hijos, al través de cuatro generaciones, con afecto cada vez más íntimo. Y sus dos representantes menores, tras una separación de meses, reconstrábanse, lejos ya de sus casas, en país extranjero, para después volver á separarse, radicando el uno allí, fundador de una nueva familia, y lanzado el otro á los azares de una peregrinación más larga, llena de desgastes físicos y desalientos morales.

—En el salón—me dijo—te aguardan algunos amigos.

Era una media docena de muchachos, de fisonomías francas y palabra amable, el grupo más brillante de la juventud intelectual del Guayas. Entre ellos, el rostro pálido, delicado, soñador, con grandes pupilas, como de fiebre, de Emilio Gallegos del Campo, y el rostro rubio, róseo, gesticulante, un tanto irónico, de Alberto Arias Sánchez, cuya muerte en Valparaíso, hace poco, en su puesto consular, ha sido sonora por su trágico misterio... En tierra, mis conocidos recientes me abreviaron el paso por la Aduana y me facilitaron la instalación en el hotel. La impresión penosa que desde el vapor causaba la ciudad en su conjunto, crecía al recorrer sus calles, recubiertas de agua y lodo, bajo aquéllos portales, en donde el día nublado derramaba melancolías de crepúsculo. Ningún carro, ningún coche transitaban sobre la blandura líquida

del suelo. Tan sólo los tranvías, arrastrados por bestias desfallecientes, circulaban lentos, salpicando barro. Y sin embargo, el vaivén humano á pié era numeroso, y por él se conocía que se estaba en una población de labor y de riqueza. En ocasiones, como para atenuar la penetrante congoja del aire, alzábase un cuadro de persianas y asomaba una cabeza femenina, cuyos ojos, rivales por hermosos de los limeños, nos atisbaban curiosamente... La tarde moría. El parque Seminario nos ofreció cortos momentos sus adornos estatuarios y sus esplendores florales; y regresamos al hotel, apremiados por el tiempo, convertido en aguacero diluviano. Uno de los amigos me dijo, adivinando quizás mis pensamientos:

—Llega usted en la peor época del año; el último mes de la estación lluviosa. Ya verá dentro de unas semanas qué distinto es todo.

En efecto, en su primavera de nueve meses—nueve meses sin lluvias, con cielo siempre puro, piso siempre seco y brisas siempre frescas, con sol regenerante y noches de luna incomparables—la ciudad resurgió á mis ojos como transformada por un benéfico conjuro. Y sus hogares, conservadores también de nobles tradiciones, tuvieron para el peregrino cariños hospitalarios; y los amigos de la llegada, y los de mayor edad, conducidos en los días siguientes á mi cuarto de hotel por eficaces recomendaciones, fueron los que más tarde rodearon el lecho del moribundo—mi padre—en su viaje, ya interrumpido, á la capital peruana; los que llevaron su cuerpo al reposo definitivo; los que dieron consuelo al duelo de la hija. Ausente estaba yo entonces, muy lejos, iniciando en la capital enorme—hoy para mí segunda y más generosa patria—un rudo aprentizaje de la vida. Ausente estaba; pero los nombres de esos que así acogieron y dulcificaron la agonia del anciano y la desolación de la joven, los guarda, sagrados, mi recuerdo.



A José Santos Chocano

Lauros á tí, señor de la poesía,
Que con cítara nueva en una mano
Y en la otra el signo de la paz, ufano,
Eres la evocación de la Armonía.

Que á manera de Apolo en profecía,
Ya dibujas un cuadro americano
Con palabras, ya encierras al dios Jano,
Pretendiendo callar la artillería.

Tú, cuyo afán consuela los dolores
De estos pueblos, si acaso su odio estrellas
Por sobre el pedestal de los amores,

Brindas al gusto las estrofas bollas,
Como un violín que depidiese flores
Como un rosal que floreciera estrellas.

Managua,

JOSE OLIVARES

Cuartel de Las Monjas

POR SIMÓN RIVAS

Ayer tarde que pasamos tranquilamente frente á este memorable edificio, y lo contemplamos todo joven, todo fresco, todo aseado, pintorrajeado con dudoso gusto, pero limpio, claro y embellecido como no era de esperarse, al continuar nuestra marcha, por un súbito impulso retrospectivo, no dejaron de golpear en nuestra memoria con el mallette frío de lo pasado, las trágicas escenas de antiguos días, los cuadros miserables de las infamias políticas que revelan sollozantes la honda desgracia, el infortunio inmenso en que suele caer en determinadas ocasiones una muchedumbre de hombres.

Hasta donde alcanzan los recuerdos de los posteriores años de nuestra infancia, es decir, en aquellos días de *gendarmes ambulantes*, de fastuosos despejos militares, de escaramuzas á mano armada por las calles de la ciudad, con sus respectivas docenas de muertos, ítem más, la dotación de los correspondientes heridos; en aquellos días de la vida barata y del panameñismo estrecho y turbulento, nosotros desde las ventanas que dan al Sur del entonces Seminario de San Francisco, á cargo de los P. P. Jesuítas, observábamos á diario el interior del Cuartel de Las Monjas. Veíamos constantemente aquella multitud de hombres arrastándose perezosamente en la vida sedentaria de cuartel, interrumpida con frecuencia por la ignorante ferocidad de los sargentos y las voces despóticas de las clases superiores. El vapuleo á cuero tendido entraba como cosa ordinaria en las órdenes del día. Generalmente este se efectuaba en las primeras horas de la mañana.

Después de terminada la alborozada y entusiástica diana, solía darse un toque especial indicativo, por el cual no sólo los soldados sino todos los muchachos que nos hallábamos en el Colegio, quedábamos impuestos que esa mañana se le iba á dar *barniz de bejuco*, según la expresión de un condiscípulo, á alguno de los tantos desventurados del Cuartel.

A la hora próxima al espectáculo neroniano, trepábamos á la torre de la iglesia situándonos bajo el campanario, y desde allí con mirada atenta y emoción dolorosa contemplábamos el batallón formando cuadro, en el centro un hombre tendido de bruces y luego, entre el estruendo de los tambores y la metálica vocinglería de las cornetas, comenzaban á llover latigazos sobre las partes más carnosas del recluta. Con temblorosa debilidad escuchábamos los prolongados y ruidos alaridos que soltaban aquellos desdichados, y jamás nos ocupamos del tiempo que solían durar aquellas salvajadas, por que en el escozor de la angustia toda fracción de tiempo nos parecía una eternidad.

Después, una vez terminada la formación, levantaban del suelo el cuerpo maltrecho de los hombres flajelados y nos referían que así eran conducidos al Hospital para su curación; eran llevados al Hospital en donde muchos se quedaban para siempre, para siempre, porque no volvían jamás.

Estas fueron impresiones que nunca más se han borrado de nuestro espíritu. Aun vive en nuestra memoria la yerta palidez de aquellas viejas mañanas, y aún á ratos nos parece respirar

aquel pesado ambiente que parecía impregnado de un vaho letal como de muerte próxima.

¡Ah! siluetas dolientes y sombrías que en el alma viviréis eternamente!

En la tarde de un memorable mes de Abril, como muy posteriormente en otra mañana de un mes de Mayo, de ese Cuartel que ahora flamante y como endomingado contemplamos, vimos sus escaleras y departamentos tintos de sangre, de sangre roja y fresca, sus puertas y ventanas ennegrecidas por el humo de la fusilería, así como su fachada agujerada y caremida á la manera que una faz desfigurada por el rastro que dejara impresa en ella la malignidad de la viruela.

En él vimos hombres horizontalmente rígidos, humedecidos con la ajena y propia sangre, esparcidos en el silencio de la muerte, con las entrañas desgarradas y los cráneos destrozados por el golpe inexorable de los proyectiles; escuchamos el tembloroso gemir de los heridos y el ronco bramar del agonizante que entre el residuo de una vida que se alejaba en el clamor de su tortura, padecía las contorsiones de un gran dolor inacabable y cruel.

En su expresión mas ruda y canibalesca, allí contemplamos la brutal desolación que imprime la mano del hombre en la sombría neurosis de los instintos sanguinarios. Y todo para qué? Ah! no á nosotros corresponde la respuesta de interrogación tan formidable; mejor sería que lo dijese la escasez, la miseria y el desorden que entumescen y aniquilan á un pueblo que es arrastrado á la zahurda de miras egoístas y de provechos personales, bajo la ficción del oropel de un patriotismo que con gárrulas declamaciones suele cubrirse con el manto de armijo del honor y la honradez.

Y de qué regiones habían venido á nuestras playas aquellos hombres á quienes cupo la desventura de servir de oblada á un hado perverso, tenebroso y hosco? No lo supimos ni lo sabremos jamás! Últimamente, tan solo á la evocación de nuestros recuerdos frescos y palpitantes de pesar, aún nos parece ver que traspasan el umbral de la puerta de ese Cuartel, las legiones de reclutas destinadas á las matanzas como de tribus africanas; aquellos millares de hombres que bajo su ancha y mugrosa chistera tubular, mostraban la catadura de un bandolerismo en acción, exhibiendo á la vez un aspecto astroso, pálido, arrugado y pordiosero; aún nos parece contemplar frente al Cuartel de Las Monjas, aquellos largos y lentos desfiles de divisiones militares compuestas de hombres que venían de lejos, quizás sorprendidos y reclutados en las granjas de Cundinamarca, en las vegas del Tolima, en los cortijos de Boyacá ó en las riberas del Magdalena; pero siempre venían de lejos con la palidez de la nostalgia en el semblante y la indiferencia por la vida ya grabada con firmeza en las pupilas.

¡Pobres mártires, sin méritos ni recompensas, que bajo la servidumbre de nombres banderizos fueron en marcha siempre hacia adelante, pero sin sospechar siquiera que la cólera del destino rugía ya sobre sus cabezas con el golpe definitivo de una sentencia irrevocable!

Y luego, pasados algunos días, aquellos rifles de circunstancias, aquella muchedumbre de gentes que á la manera de gusanos en carne putrefacta, veíamos allí en el interior del Cuartel moverse, agitarse, revolverse en inquietud febril.

te y aparente confusión que hacía dudar de la efectividad de la disciplina y obediencia en las penalidades y conflictos que son de rigor en las campañas, aquellos resueltos y valientes soldados del ejército colombiano, los vimos salir después de ese Cuartel mil veces venerable por haber sido temporal y hospitalario albergue para tantos seres infortunados, repetimos, últimamente vimos salir de él á millares de hombres obedientes al sacrificio y al destino, para entrar á los combates y luego dispersarse por los ámbitos de nuestra República, quien sabe para no volver jamás, porque vestigios dolorosos que no dejarán de perdurar en la memoria de nuestros más dichosos sucesores, nos advierten con la viva claridad de los hechos cumplidos, que unos perecieron en las confusas breñas, otros en la soledad de los llanos desiertos y en la fúnebre calma de añojales abandonados y los más en el furor sangriento de los combates. Insepultos bajo un cielo extraño y desdeñoso por su indiferencia, no sintieron la humedad del llanto de los ojos de un doliente, ni en las agónicas convulsiones pudieron contemplar la tibia luz, el postrimer adiós de una mirada compasiva.

Salieron del Cuartel de Las Monjas para no volver jamás! No dejaron nombre ni una larga historia. Pasaron. En el carnaval de las pasiones sociales se les llamará héroes, mártires, valientes, pero ah! en el profundo silencio de una meditación serena y dolorosa, el espíritu piadoso los llamará DESVENTURADOS; desventurados aquí, al cruzar las ardorosas sinuosidades de una tierra que para ellos reservó su alimento más amargo y su ambiente más pesado y más letal; desventurados aquí, porque como una recompensa del Divino Misterio de los cielos, para ellos y solo para ellos serán cumplidas las promesas inmortales que, para todos los sin ventura, fueron hechas y publicados desde la cumbre sagrada de un monte por el eterno Dios de Galilea.



La muerte de Verlaine

POR ALEJANDRO SAWA

Hoy cumple años la muerte de Verlaine, y pienso en él, en París, en aquel gran pedazo de mi vida que la eternidad tragó y que no volverá á resurgir sino en mis recuerdos.

Ciertos hechos coetáneos de su muerte los recuerdo como si fueran de ayer... Aquel día del mes de Enero, era llorón y triste, y desde la cama lo sentía yo transcurrir, ansiando su fenecer. De pronto, el dueño del hotel donde me hospedaba, un Mr. Robert, que había sido pródigo para la penuria y paciente para los arrebatos nerviosos de Verlaine, entró en mi cuarto sin anunciarse.

—Mme. Krantz me ha enviado aviso de que Verlaine está expirando. ¿Quiere usted acompañarme!

Mme. Krantz fué la postrera mujer íntima del poeta.

Ya había muerto Verlaine cuando llegamos á su último refugio mortal, al otro lado de la montaña Santa Genoveva, en la rue Descartes.

¡La infecta calle y el triste fin de aquel doloroso soberano!

Al besarlo en la frente, la noté tibia aún. Madame Krantz me confirmó, en efecto, que aquella caparazón inerte, aquellos despojos, habían sido todavía un hombre muy pocos momentos antes...

Mendés el divino, que llegó en aquella sazón, expresó maravillosamente lo que por mí se difundió, al tocar; ¡Dios sabe con que piadosa emoción! —mis labios la frente aquella. Dijo... "Un amigo se inclina y lo besa en la frente. Yo estrecho la mano del muerto, una mano pequeñita, muy pálida, un poco encogida y tibia aún, como si en ella quedara todavía amistad..."

La habitación estaba casi á oscuras. Alguien aviva la luz que arde sobre una cómoda, un pobre quinqué de bazar barato, que es la única nota viva de la estancia, con su pantalla roja de papel rizado.

Poco á poco, y á medida que van recibiendo la noticia, acuden los amigos ilustres ó desconocidos del glorioso muerto, Mallarmé, Coppée, Lepeletier, otros. Mallarmé, faunescos y sacerdotal, se mostraba inconsolable, no tanto, sin embargo, como Menlés, que no podía contener las lágrimas...

Montesquieu Fésénzac, poeta y conde, lucía su pena como un diplomático turco sus condecoraciones.

Mallarmé habló y dijo:

Sí; Paul Verlaine fué una gran poeta. La poesía, que era rica hasta la erudición en la época en que Verlaine apareció, fué enriquecida por él y templada en el más melodioso manantial que haya jamás existido. Como se sigue el curso de un arroyuelo, así Verlaine siguió á su alma, un alma primitiva é ingénuo, arrojando lo inútil y lo excesivo del saber de nuestro tiempo. Sólo que, aunque admirablemente sencilla, su poesía hace á cada instante comprender—por un signo, por un rasgo, por un nada—que si quisiera, podría desenvolverse en toda su magnificencia orquestal. Lo amaba también, á pesar de nuestras diferencias. Cuantas veces he ido á visitarlo en las distintas estaciones de su calvario físico, nuestros paseos á través de los jardines dolientes se animaban con sus tiradas de frases, sus exclusivos monólogos. Era, en efecto, un admirable soliloquista, siempre dispuesto á hacer su *odelette*, pero sin la afectuosa intención de establecer corriente con su interlocutor. Nunca he sentido cerca de él el contacto anímico. Lo amaba, sin embargo. A menudo me inducía á establecer ciertas comparaciones entre él y el exquisito Villiers. En cuanto á admirarlo, siempre lo he hecho sin ninguna suerte de reserva...

Y como Mallarmé, todos, en ardientes frases de consagración que se estamparon al día siguiente en los periódicos. Aquel hombre yaconte fué grande, con la doble grandeza del genio y del dolor. ¡Oh, el triste!

Me place evocar su recuerdo en este día verleano en que sólo me siento acompañado por el dolor...

Les plaintes

MAURICE ROLLINAT

Venus des quatre coins de l'horizon farouche,
De la cime des pics et du fond des remous,
Les aquilons rageurs sont d'invisibles fous
(che).
Qui fouettent sans lanïère et qui hurlent sans bou-

(surreurs).
Les ruisseaux n'ont jamais que des bruits su-
Dans leur tout petit lit qui serpente et qui vague,
Et l'on n'entend sortir qu'un murmure très vague
Des étangs recueillis sous les saules pleureurs.

Mais la mer qui gémit comme une âme qui souffre,
Tord sous les cieus muets ses éternels sanglots,
Où viennent se mêler, dans l'écume des flots,
Les suffocations des noyés qu'elle engouffre.

Quand s'exhalent, après que l'orage a cessé,
Les souffles de la nuit plus légers que des bulles,
La plainte en la mineur des crapauds noctambules
Fait gémir le sillon, l'ornière et le fossé.

Jérémie aux cent bras sur qui le vent halète,
L'arbre a tous les sanglots dans ses bruissements,
Et l'écho des forêts redit les grincements
Du loup, trotteur affreux que la faim rend squelette.

Quand je passe, le soir, dans un val écarté,
Je frissonne au cri rauque et strident de l'orfraie.
Car, pour moi, cette plainte errante qui m'effraie,
C'est le gémissement de la fatalité.

Sous l'archet sensitif où passent nos alarmes
L'âme des violons sanglote, et sous nos doigts
La harpe, avec un bruit de source dans les bois,
Égrène, à sons mouillés, la musique des larmes.

Le soupir clandestin des vierges de beauté
Semble remercier l'amour qui les effleure,
Mais la plainte amoureuse est un regret qui pleure
Le plaisir déjà mort avant d'avoir été.

En vain l'on se défend, en vain l'on fait mystère
Des maux que la clarté du jour semble assoupir,
Tout l'homme intérieur, dans un affreux soupir,
Raconte son angoisse à la nuit solitaire.

Et le tas vagabond des parias craintifs,
Noirs pèlerins, goigneurs, sans gourde, ni sandales,
Partout, sur les planchers, les cailloux et les dalles,
Passent comme un troupeau de fantômes plaintifs.

Dans la forêt des croix, tombes vieilles et neuves,
Combien vous entendez de femmes à genoux
Gémir avec des sons plus tristes et plus doux
Que les roucoulements des tourterelles veuves!

Tandis que, dans un cri forcené qui le tord,
L'enfant paraît déjà se plaindre de la vie,
L'aïeul qui le regarde avec un œil d'envie
Grommelle d'épouvante en songeant à la mort.

L'agonisant croasse un lamento qui navre;
(dant),
Et quand les morts son clos dans leur coffre obsé-
Le hoquet gazouilleur qu'ils ont en se vidant
Filtre comme la plainte infecte du cadavre.

—Elles ont des échos vibrant comme des glas
Et s'enfonçant avec une horrible vitesse
Dans mon funèbre cœur plein d'ombre et de vitesse
Où se sont installés les hiboux des Hélas;

Oui! dans le grondement formidable des nuos
Mon âme entend parfois l'infini sangloter,
Mon âme! où vont s'unir et se répercuter
Tous les frissons épars des douleurs inconnues!...



Muerta!

Para Alejandro Dumas
(ROMEO)

Tendida en el lecho estaba
Entre guirnaldas de flores,
Y en su frente se apagaba
El rayo de mis amores.

Ante la muerte de hinojos
Lloraba con ansia loca,
Sin luz mirando sus ojos
Y sin sonrisa su boca.

Su boca donde sin calma
De mi pena en el exceso,
Sentí palpitar el alma
Al darle mi último beso:

Y al verla inmóvil y fría
Tan blanca como los lirios,
Mi llanto ardiente corría
Y titilaban los cirios.

De pronto sentí el oleaje
De movimiento y de ruido!
No ví más su blanco traje
Y me quedé sin sentido!

Desde entonces vago errante
Del tiempo sin la noción,
Porque muerta está mi amante
Y muerto mi corazón!

JERÓNIMO OSSA.



Isaías Gamboa.

Acaba de morir en el hospital del Callao, víctima de la temible enfermedad de las vírgenes y los poetas, el dulce bardo caucano *Isaías Gamboa*.

Herida de muerte su naturaleza física, abandonó el joven intelectual la capital de Chile en donde tantos lauros ornaron sus sienes, con objeto de ver por última vez su casita de Cali, contemplar los hermosos panoramas de su poética patria y reclinar para siempre la cabeza en el sepulcro al lado de sus mayores.

Pero la gran traicionera, la que nos asecha sin descanso y nos hiere sin piedad, ahogó en una ola de sangre la vida de este pobre compañero en tierra extraña, donde apenas si en su desolación tuvo el consuelo de ver á la cabecera de su lecho de muerte la simpática figura de un compatriota filántropo.

Pobre ISAÍAS! nosotros deshojamos hoy sobre tu tumba un ramo de miosotis y siemprevivas y recitamos quedo, como homenaje á tu memoria, tus mas hermosos versos!

Páginas del Istmo.

CORSARIOS Y PIRATAS.

Por S. J. B.

(Continuación.)

ENRIQUE Morgan, vástago de padres honrados, era inglés, nacido hácia 1637 en el país de Gales.

Luego de una serie de aventuras que tuvieron comienzo en el abandono furtivo del hogar paterno, su venta como esclavo en las Antillas y su escape de la servidumbre para ingresar en las filas de los filibusteros, se vió en 1664, á la muerte de Mansvelt de quien fué segundo gracias á su valor y á su audacia, al frente de la muchedumbre de aventureros que asilados en Jamaica, en la parte francesa de Santo Domingo y en la isla Tortuga, tenían por teatro de sus depredaciones las costas del mar Caribe. Su primer intento á la asunción del mando en jefe se dirigió contra la Habana; pero juzgando prudentemente muy aventurado atacar esa plaza con 700 hombres que por entonces le obedecían, determinó asaltar á Puerto Príncipe, empresa que no produjo los resultados que se esperaron, pues avisados los moradores por un fugitivo español, ocultaron oportunamente lo más valioso de sus haberes, y el botín obtenido en esta expedición no montó á más de \$ 50,000.00. Este resultado obligó á Morgan á la realización de alguna otra empresa que satisficiera el apetito de los aventureros, asentando con el buen éxito la confianza de su jefatura.

Ignorantes de los planes de su jefe, en una flota de nueve buques, 460 hombres de pelea se hicieron á la mar, avistando el 28 de Junio de 1668 las costas atlánticas del Istmo. Fué entonces cuando Morgan descubrió á sus subalternos su plan de atacar á Portobelo, plaza entonces de las más fuertes de la América española, con fortalezas de primer orden y guarnecida por 300 soldados veteranos á quienes podían prestar ayuda 400 moradores capaces de empuñar las armas. No poca hesitación y recelo causó entre los piratas el atrevido intento del jefe, de atacar una plaza como esa; pero la promesa de un botín cuantioso los animó al cabo, y al atardecer de ese día la escuadra echó ancla en Puerto Pontón, algunas millas distante de Portobelo.

Dejando la custodia de algunos hombres para guardar los buques, Morgan el y cuerpo principal de los piratas se encaminaron por tierra á la conquista de la deseada presa, á la cual lograron acercarse al amparo de la noche y de la oscuridad, asaltando el castillo situado en el suburbio de Triana. La ciudad fué tomada luego sin mayor resistencia; pero una de las fortalezas adonde se retiró el Gobernador de la Plaza con los restos de la guarnición, ofreció á los piratas la ocasión de un combate de singulares proezas de valor y de crueldad.

Al intento de adueñarse del castillo, el Gobernador abrió fuego sobre los asaltantes, quiénes á una distancia de 200 yardas, aputaban preferentemente á la boca de los cañones, haciendo blanco constante en los artilleros españoles cada vez que intentaban cargar las piezas. Las filas de los piratas eran á su vez progresivamente mermadas por las mortíferas y bien dirigidas descargas de

mosquetería enemiga. Duró este recíproco cambio de tiros hasta el medio día, y observando los piratas que perdían mucha gente sin esperanzas de tomar el castillo, se lanzaron sobre él intentando echar abajo las puertas; pero los españoles los recibieron con enérgicas descargas obligándolos á retirarse empujados por los disparos del cañón. Morgan hizo preparar entonces diez ó doce anchas escalas y obligó á los religiosos y monjas sacados violentamente de sus conventos á levantarlas hasta los muros de la fortaleza á costa de sus vidas. Al amparo de esta infeliz vanguardia consiguieron los piratas escalar el castillo, y los españoles no pudiendo resistir el coraje brutal y la fuerza abrumadora del adversario, tuvieron que rendirse después de una desesperada lucha y una defensa heroica en la que perecieron todos los oficiales, prefiriendo dejarse matar á entregarse prisioneros. El Gobernador hizo prodigios de valor y Morgan admirado de él lo conjuraba á que se rindiese prometándole respetar su vida; pero el valeroso castellano rechazó toda promesa "De ninguna manera me rindo, decía porque más vale morir como soldado honrado, que ser ahorcado por cobarde" Procuraron hacerlo prisionero; pero se defendía como un furioso león acorralado y ni los ruegos de su esposa é hija que de rodillas le pedían que viviera lograron hacerlo desistir: sólo la muerte pudo poner fin á tan tenaz resistencia.

Apenas supo el Gobernador y Presidente de la Real Audiencia de Panamá, Don Juan Pérez de Guzmán las desgracias de Portobelo, comenzó á tomar las medidas para desalojar á los piratas, avanzando con 1,500 hombres; pero no atreviéndose á atacarlos, le envió un mensajero á Morgan intimándole la salida de la ciudad, á lo cual contestó el bandido que la haría luego que le entregasen \$100,000; que de lo contrario saquearía todas las casas, pondría fuego á la población y que entonces complacería al señor Gobernador dejándole un montón de cenizas. Morgan devolvió al mensajero con este arrogante recado, acompañado del presente de una pistola francesa de su uso particular para el gobernante español, indicándole que con esa arma había tomado á Portobelo y que volvería dentro de un año á recuperarla en Panamá. Guzmán en respuesta le envió una sortija de oro enriquecida con una preciosa esmeralda, y las súplicas al pirata de alguna compasión para los infelices portobeleños.

Los piratas después de saquear á su sabor la ciudad, de cometer todo género de atropellos en los habitantes á los cuales exigieron un tributo de guerra de 100,000 reales, provisto sus naves y trasladado á ellas las mejores piezas de las fortalezas, dejando clavadas las restantes, se retiraron á gozar en Jamaica del fruto de su rapiña. Llevaron en dinero efectivo \$ 250,000 y muchos artículos valiosos.

La fama de las hazañas de Morgan indujo á gran número de franceses y de ingleses á juntarse bajo el estandarte de este héroe del pillage. A los veteranos que le habían acompañado en sus primeras campañas, se había agregado ahora un verdadero enjambre de reclutas desechos de participar, en el reparto si nó en la gloria de las expediciones. Pronto, pues, se vió comandando un escuadrón de 15 navíos y una fuerza de 990 combatientes y sabedores de que un tratado solemne de paz se había

celebrado en Julio de 1670 por el cual se ponía término á las empresas de los filibusteros, estos se encontraron más deseos de emprender alguna nueva expedición y Morgan aceptó la idea y el mando. A principios de Diciembre, se reunieron en el Cabo Tiburón, lugar de cita designado de antemano en 31 buques mas de 2,000 hombres. En un consejo que tuvo lugar á bordo del buque almirante se acordó que Morgan cumpliera la promesa hecha poco antes desde Portobelo á Don Juan Pérez de Guzmán; se decidió pues, del destino de Panamá jugado en el platillo de la suerte con Cartagena y Veracruz.

El 16 de Diciembre salió la escuadra para Santa Catalina donde desembarcaron á los cinco días sin oposición ninguna, y de allí despachó Morgan al Capitán Brodley con 400 hombres y cinco navíos á tomar como preliminar de la campaña el Castillo de San Lorenzo que defendía la entrada del río Chagres. Brodley tomó la fortaleza perdiendo 100 hombres muertos y 70 heridos; pero de los 314 españoles que componían la guarnición, más de 200 cayeron en el campo unos, y á los otros se les fusiló sin piedad. El resto se hizo poner en los trabajos del castillo para reparar los desperfectos.

Al recibir en Santa Catalina la noticia de la caída de Chagres salió el resto de la expedición arribando frente al río en Enero de 1671. La vista del pabellon inglés flotando sobre el fuerte causó entre los piratas un placer tan indecible, que descurdaron la navegación, perdiéndose cuatro embarcaciones entre los bancos de la desembocadura del río.

Para la guarnición del Castillo se designaron quinientos hombres y ciento cincuenta para guardar los buques de la escuadra. El 18 de Enero concluidos todos los aprestos necesarios e impartidas las precisas órdenes, salió Morgan de Chagres al frente de mil doscientos hombres en marcha conquistadora hácia Panamá. La jornada comenzó á hacerse por el río en 37 embarcaciones; y no obstante la fuerza y rapidez de la corriente y la poca práctica demostrada en el manejo de la palanca para vencer á aquella, el primer día avanzaron seis leguas, pernoctando en la isleta de los Brazos. Tan lejes estaban de suponer las miles dificultades que iban á encontrar remontando la corriente, que llevaban además de treinta y dos canoas para la conducción de la tropa, cinco grandes barcos cargados con la artillería y las municiones. Muy pocas provisiones, sin embargo, embarcaron los expedicionarios con la esperanza de hallarlas abundantes después en las plantaciones y sitios de la ribera; así, á poco de su detención, algunos se trasladaron á tierra en busca de alimentos, pues sus exiguas raciones de maíz eran devoradas con alarmante prontitud. Nada hubieron á mano y muchos bucaneros se entregaron esa noche al reposo sin otra cosa para mitigar el hambre, que su pipa de tabaco. En las primeras horas del siguiente día, emprendieron la marcha llegando á la caída de la noche al lugar llamado Juan Gallegos donde tuvieron que detenerse porque un gran número de árboles caídos, además del poco caudal de las aguas, estorbaba la navegación del río. Los prácticos aseguraron que á pocas millas más adelante no encontrarían mayores dificultades en la marcha. Los piratas, empero, intentaron en la siguiente mañana hacer

el camino por tierra orillando los bancos del Chagres; pero la vegetación virgen y exuberante de la montaña donde el espacio entre árbol y árbol lo llenaba una densa muralla tropical impenetrable á la luz solar, obligó á la mayor parte á regresar al río, y allí, dejando los barcos grandes con la artillería bajo la custodia de ciento sesenta hombres, emprendieron los demás el arrastre de las canoas sobre los lugares poco profundos, embarcándose cuando el caudal de aguas era suficiente para permitir la navegación. Los que continuaron la marcha por tierra abrieron un pasaje por entre el bosque con suma dificultad, y en la tarde de ese día todos se reunieron en Cedro Bueno, en un banco del río, donde pasaron la noche ateridos de frío y sin alimentos.

Gastados por los trabajos y debilitados por el hambre los bucaneros resumieron la jornada el siguiente amanecer, y próximo el sol al meridiano llegaron al lugar de Torna—caballos. Los guías, que hacían el camino por tierra, dieron aviso de que descubrían las señales de una emboscada. Un grito de entusiasmo se escapó de los piratas, quienes avanzaron de una vez esperando encontrar al mismo tiempo que lucha, una buena provisión de víveres, pues el hambre los estrechaba. Prevenidos de antemano por sus espías, los españoles habían abandonado su posición, aterrorizados con las noticias de las crueldades cometidas en la toma del Castillo de San Lorenzo, sin dejar tras de sí mas que la huella de sus pasos y las migajas, esparcidas por el suelo de una cena con que poco antes habían regalado su apetito.

La bella visión de abundancia que esperaban encontrar en su jornada, avivaba más el hambre de los piratas, ante el horrendo espectáculo de la absoluta carencia de todo comestible. Su afán único vino á ser entonces el obtener los medios de conservar siquiera, un poco de su vitalidad. A los enfermos y á los prisioneros por precaución se les había retirado para evitar la posibilidad de que el frenesí de los hambreados llegara á los extremos de saciar en ellos los apremios de sus necesidades. En algunas chozas de las vecindades algunos encontraron un atado de ocho sacos de cueros secos (zurrones) que no desdijeron de comer asados en trozos, despues de remojarlos en el río y quitándoles el pelo. Despues de la caída del sol, llegaron á Torna—Muní, sitio en el cual descubrieron los trazos de otra emboscada; pero ninguna señal de víveres encontraron, porque los españoles tenían recibidas las órdenes de destruir ó trasladar todo comestible mas allá del alcance de los invasores, á quienes el hambre comenzaba retraer en el entusiasmo de la marcha. Afortunado fué el que esa noche pudo conservar algun resto de cuero seco con que acallar las exigencias de su estómago rebelde.

A la mitad del quinto día de marcha llegaron á la aldea de Barbacoas, también desamparada por otra emboscada. Cerca del lugar y despues de muchas pesquisas descubrieron los piratas en una gruta recién abierta dos sacos de harina, una cantidad de plátanos y dos botijas de vino, escaso abasto que se proporcionó á aquellos cuya extremada debilidad era tal que no podían siquiera salir de las canoas. Algunos bucaneros se entregaron luego al descanso, burlándose de su ruín estado; pero en otros la murmuración tomó cuerpo

y se comenzó á maldecir el día en que se alistaron en una empresa que juzgaban ya irrealizable para sus fuerzas, profiriendo denuestos contra el hombre que prometiéndoles el más espléndido botín, los había conducido á un desierto donde no tenían otra perspectiva que la muerte por hambre. Sin embargo, Morgan, protegido por la mayoría, consiguió sosegar á los descontentos, ofreciéndoles fin á sus penalidades cuando llegaran á Cruces, y todos habiendo continuado el avance la siguiente mañana, llegaron sobre el medio día á la vista de una plantación á la cual se aproximaron con cautela. Ningún enemigo encontraron ni tampoco alivio alguno para sus privaciones, y muchos piratas lanzaban las amenazas sediciosas de regresar á Chagres, cuando uno de ellos descubrió un granero lleno de maíz que los españoles habían descuidado de alejar del camino que seguían los invasores. Los mas fuertes de la partida derribaron por fuerza la puerta con la culata de sus mosquetes, y despues de hartarse del crudo grano, llevaron para los debilitados compañeros que yacían en las canoas, una buena provisión. Cuando todo el ejército satisfizo su hambre, el resto del maíz se repartió en raciones y al anochecer vieron un grupo como de 100 indios apostados en la ribera opuesta. Morgan al momento ordenó que una partida les diese caza, esperando capturar á algunos; pero siendo los indígenas más ligeros y estando en mejor condición, escaparon fácilmente despues de disparar una lluvia de flechas que causó la muerte de dos ó tres piratas. Los nativos, retirándose blandían sus armas y apostrofaban á sus perseguidores con los gritos de "Ah perros; á la sabana, á la sabana!"

A la salida del sol el 24 de Enero los piratas cruzaron la banda occidental del río, y continuando el camino llegaron á pocas horas á la vista de la población de Cruces, distante ocho leguas de Panamá, y cabeza de la navegación del Chagres. El humo que á los lejos observaron animó á los piratas en la esperanza de encontrar allí con que reponer los ayunos y vigílias de tantos días con sazonados y calientes alimentos; pero una decepción mayor, si cabe, les aguardaba, pues encontraron las casas incendiadas y el pueblo abandonado por sus habitantes. Por toda provisión los piratas no hallaron sino un saco de pan y diez y seis botijas de vino peruano. Un multitud de perros y de gatos que extraviados rondaban por la vecindad, fueron apresados é instantáneamente muertos y devorados como en rico festín. El vino ejerció en estómagos de temperantes obligados efectos tales con vómitos y calambres, que alarmaron á los atacados, creyéndose víctimas de veneno preparado expreso por los fugitivos.

Morgan dejó en Cruces las embarcaciones, alejadas á cierta distancia á fin de que no fueran apresadas por los españoles, y al alborear del octavo día de jornada los piratas entraron en la montaña que se extendía entre Cruces y las llanuras de Panamá, marchando adelante un cuerpo de doscientos de los mejor armados y más resueltos á efecto de examinar y ver si habían emboscadas en el camino. Poco despues siguió todo el ejército. Diez horas llevaban de marcha cuando la avanzada llegó al sitio de Quebrada Oscura, pasaje encerrado entre paredes naturales

de roca y tan angosto que difícilmente podían marchar de frente tres hombres. Los españoles, aprovechando las ventajas del sitio habían destacado á algunos indios, los cuales atacaron á los invasores. Con algún trabajo lograron éstos salir airosos de esta emboscada, no sin la pérdida de diez muertos y algunos heridos. Entre tanto, todo el ejército se había reunido, y después de breve vacilación, temerosos de nuevas sorpresas, la orden de avanzar se dió.

Hacia el oscurecer una fuerte tempestad de viento y de lluvia los detuvo en su marcha, y como los españoles arrasaban del camino cuanto podía dar abrigo y alimento á los invasores, éstos pasaron la noche sentados en el suelo, arrebujados unos contra otros y ateridos. El sólo abrigo que proporcionaron algunas chozas se dió á los heridos para protegerlos de la intemperie, y también se almacenaron allí algunas armas y municiones.

Los rayos resplandecientes del sol hallaron ya en pie á los piratas, quiénes después de disparar sus armas para cerciorarse de su buen estado, entraron en fila en marcha hacia adelante. La tempestad había terminado y cerca del medio día ascendieron las alturas de una eminencia que se llamó en su recuerdo *El Cerro de los Bucaneros*. Desde allí extendieron extasiados y gozosos su vista sobre las azules y tranquilas aguas del Océano Pacífico, tachonado aquí y allá por la vela blanca de risueñas embarcaciones que cruzaban entre las verdes y coquetas islas al sur de Panamá. Después de estar sumidos durante tanto tiempo en la monotonía del río y de la montaña, la grandeza de aquel mar inmenso aparecido de repente, llevó á su corazón muy gratas y lisonjeras impresiones. Pero de este éxtasis los sacó pronto espectáculo aún más atrayente, y fué el vecino valle donde pacían tranquilas manadas de ganado y de caballería. Y como ningún enemigo aparecía á la vista, algunos piratas descendieron confiados á la llanura y se dieron á la caza de carne viva, derribando á tiros varios novillos con los que repusieron sus desfallecidas fuerzas.

Saciados con este banquete, continuaron la marcha, descubriendo á poco una partida de doscientos hombres de caballería española que se retiró á su vista; y á la caída de la tarde del 26 de Enero los piratas divisaron, entre las brumas de la lejanía, las torres de las iglesias de Panamá. El entusiasmo entonces traspasó todos los límites, y como si hubieran obtenido la victoria y se encontraran en su poder todos los tesoros amontonados en la ciudad á su vista, se batieron los tambores, se dispararon los mosquetes y hendieron los aires los sonos de clarines y trompetas.

Qué preparativos para defender la ciudad había hecho Don Juan Pérez de Guzmán mientras que Morgan tomaba el Castillo de San Lorenzo y cruzado el Istmo en lucha contra la naturaleza, el hambre y el desaliento de sus seguidores? La antigua ciudad de Panamá no estaba fortificada formalmente, á pesar de las riquezas que guardaba en 700 buenas casas y edificios que componían el área de una población de treinta mil almas. Los españoles á previsión de un ataque sobre la ciudad habían cerrado las bocas-calles que daban acceso

al campo y construido algunas trincheras, descuidando empero otras importantes medidas de la defensa exterior. Diariamente, además, habían celebrado fiestas religiosas para implorar por el éxito de las armas castellanas, y la imagen de la Inmaculada Concepción de María se paseó en procesiones por las calles acompañada por las ocho cofradías existentes en la ciudad y por numeroso cortejo, al mismo tiempo que el sagrado sacramento se mantenía descubierto y expuesto á la vista de los fieles, quiénes confesaban y comulgaban con piadosa devoción en presencia de las imágenes, á cuyos pies depositaban joyas y reliquias de valor; el Presidente depositó en el altar de la virgen, entre otras prendas, una sortija de diamante tasada en cuatro mil pesos, implorando todos en rogativas y plegarias el apoyo de los poderes celestiales en favor de la amenazada ciudad y de sus espantados habitantes.* Los frailes y curas recibían con beatífica unción estas muestras del fervor religioso de los feligreses, y ello fué parte principal á que el botín capturado por los piratas en la ciudad, no llenara ni con mucho las relamidas esperanzas que los confortaron en las escaseces de su marcha, pues sabido es que algunos religiosos y las monjas se embarcaron para Lima llevándose todas esas riquezas, antes del desastre de las fuerzas españolas en las sabanas de Panamá.

Las tropas españolas que iban á oponerse á los piratas sumaban dos mil cuatrocientos hombres de infantería, cuatrocientos de caballería, fuerza casi toda de voluntarios y de esclavos de particulares, y algunas bocas de fuego. Una retaguardia muy singular y única en los anales de la guerra se llevó como poderoso auxiliar del ejército al campo, y era un considerable número de toros bravos, que bajo la guía y manejo de negros esclavos y de indios, estaba destinada á romper con el impetu de su fiereza salvaje, las filas contrarias introduciendo en ellas el desconcierto.

Los bucaneros, que habían avanzado durante la siguiente mañana, escogieron su campo en las inmediaciones de la ceja de un monte desde donde abarcaban llenamente con la vista la llanura, y allí permanecieron en actitud expectante hasta las postreras claridades del día. El ejército de Morgan vivaqueó, pues, esa noche bien inmediato á la ciudad, de la cual no cesaron de disparar el fuego de su artillería. Después de hacer la última cena con los restos de la comida del medio día, los piratas se entregaron confiados á un profundo sueño, regular en toda la línea, interrumpido á intervalos por el alerta! de los centinelas y por la llegada de las patrullas que guardaban, rondando, el campamento. Esa noche perdieron veinte hombres: diez extraviados y diez heridos.

(Concluirá).

* Era tal horror que inspiraban los filibusteros, que las mujeres y los niños que no los habían visto los tenían por monstruos, mas semejantes á monos ó á fieras que á hombres. Cuando Morgan tomó á Panamá, una mujer exclamó al ver á un pirata: "¡Jesús! los ladrones son como los españoles." V. Restrepo.

domina el peso terrible de grandes impresiones. Su amiga X. la llama entusiasmada, y mensajera de una buena nueva, le contó por el teléfono, á la amiga entristecida, lo siguiente:

—Es preciso que creas que pronto serás dichosa, sí, como lo supongo yo, es para tí la dicha la realización de tu ideal soñado. Es N. un cumplido caballero que aprecia la vida de muy distinto modo de como tú lo supones. Ha llegado al fin tu hora blanca: deja, pues, ese abatimiento que es la enfermedad más grave del corazón, que es la tisis que consume y apaga el alma.

Me dijo que nunca podría olvidarte; "que el amor verdadero es más bien una virtud que una pasión?" "que sabe comprender las mujeres que aman con el corazón; que ser bella, aún sin riqueza, es ser reina;" que el hombre que se casa por dinero, es tan miserable como el que estafa al juego, ó roba á hurtadillas;" "que quiere cultivar el jardín de tu alma, y vivir pobre, pero á tu lado;" "que considera indignas de todo hombre las felicidades humanas, cuando éstas se alcanzan con el dinero;" "que convencido está de que todo el que cuenta mucho dinero, acaba casi siempre con las manos manchadas;" "que no mirará su existencia á ninguna mujer rica, porque sus hijos serían todos enemigos natos del trabajo;" "que el oro irrita la sed de oro, y no la apaga;" "que la esposa de un carbonero es más respetada que la querida de un príncipe;" "que la riqueza es muchas veces el pasaporte de la necesidad; que el hombre sin virtud, no halla en la riqueza más que los medios de satisfacer sus vicios;" "que la virtud pobre es un tesoro que enriquece, y un partido rico, se convierte en ruinoso cuando trae consigo la disipación y el amor al placer;" "que una mujer hermosa sin virtud, es como el vino evaporado;" "y que como el placer verdadero es una flor que sólo nace en el tallo de la virtud, pronto serás su esposa, y te llevará á los altares sagrados, sólo con los humildes atavíos de un blanco traje, orlada tu frente de azahares y bajo un velo de ligera gasa, que sinteticé, con su blancura, la excelcitud de tu grandeza moral. Pasó un momento; la virgen amorosa que escuchaba, no contestó una sola palabra: resolvió en lágrimas su alegría. Tílin. ? Tílin. Sonó nuevamente la campanilla del teléfono en señal de despedida.

El diálogo volvió á interrumpirse.
Meses después, un venerable sacerdote santificaba, ante los altares de la iglesia Catedral de esta ciudad, aquella simpática pareja, unidos en uno sus corazones por el vínculo de un amor inmortal; y las puertas del hogar que entonces se franquearon, vieron también pasar por sus dinteles, al amparado del trabajo y la humildad, una gran riqueza adquirida, y una dicha inextinguible.

¡Extranjeros que nos visitáis, tened en cuenta que en el rico vergel del bello sexo panameño, lucen flores muy bellas de perfumes delicados, que así como embriagan con su ambrosía y cautivan con sus encantos, dominan el corazón del hombre con ese como poder irresistible que brota del alma, y que se llama la virtud!

JULIO ARJONA Q.

Panamá: 1904.

Notas Artísticas y Literarias.

COMO por vía de información para aquellos de nuestros lectores que gusten de estar al corriente del movimiento literario y artístico universal, escribimos estas notas, extractadas de nuestros cambios más recientes.

La vida intelectual, por falta de medios informantes, es casi en absoluto desconocida entre nosotros. Hoy tendemos á llenar este vacío hasta donde nos es posible, creyendo así cumplir una obra grata y saludable. Ojalá este esfuerzo lleno de sana intención sea apreciado debidamente, única recompensa que anhelamos para nuestros trabajos literarios.

x

En Cuba Aniceto Valdivia, el conocido *Conde Kostia*, ha publicado un poema, *Melancolía*, inspirado en el gran cuadro así llamado de Alberto Durero. Y la obra, según el decir de Márquez Sterling, el inteligente redactor de *El Mundo*, es lo mejor que ha producido el gran crítico cubano, que ha recibido los aplausos de todos y ha visto agotarse la primera edición en breves días.

Otro cubano, Próspero Pichardo, ha publicado también un libro, *Párrafos y Estrofas*, prologado por Márquez Sterling. Pichardo es el cronista social de *El Mundo* de la Habana y, según entendemos, el libro se resiente agradablemente del estilo jovial y galante que usa en sus crónicas el joven escritor.

Salvador Piñeyro publica un libro, *El Romanticismo en España*, propiedad de la casa editora Garnier Hermanos de París. Estudia en esa obra el literato cubano la vida que la escuela romántica ha tenido en España y las concepciones más notables de sus mejores representantes. El libro es joya de valor.

Cerramos la lista de las producciones recientes de la perla del Caribe con la mención de la obra *Recuerdos de viaje*, de Nicolás Rivero, el anciano director del *Diario de la Marina*, de la Habana. Narra el señor Rivero en su libro, con encantador colorido, sus impresiones de España, su patria, en donde estuvo hace poco, después de una ausencia de muchos años.

Y ya que hablamos de España, justo es hacer constar los esfuerzos laudables de la Asociación de Escritores y Artistas para la terminación del mausoleo en que reposa el egregio Gaspar Núñez de Arce, y para la fundación del *Instituto Núñez de Arce*, establecimiento en que, cumpliendo los más fervorosos deseos del poeta, hallarán refugio y cuidados todos los literatos enfermos ó necesitados de la Península Ibérica y de la América latina.

Otro monumento notable en proyecto es el que á Emilio Zola piensa erigir su viuda en París. La amante dama quiere perpetuar de manera digna el cariño que profesa aún á su compañero de muchos años, y hará del monumento una notable obra artística.

Antes de pasar adelante, justo es que hablemos algo acerca del Arte Teatral y los nuevos estrenos. Hasta donde alcanzan nuestras noticias sólo subimos de tres: *La fiesta del trigo* éxito media-

no, de Angel Guimerá, y la *Muerte*, de Pompeyo Crehuet, muy aplaudido; dramas ambos estrenados en el Teatro de la Comedia, en Madrid. El otro es una bella producción americana, *Frutos Naturales*, drama del escritor venezolano Ulón Pérez, de gran éxito, estrenado en Caracas. Combate el valiente dramaturgo en esta obra la pernicioso influencia que en nuestras sociedades incipientes ejercen el fanatismo y las preocupaciones, y al hacerlo sale ajoso en su empeño.

En París se representó últimamente *El Trovador* de Verdi, para con el producto de la representación elevar un monumento al maestro italiano. La representación de *El Trovador* efectuada enseguida de la del *Alceste* del divino Gluck, ha prestado ocasión á los críticos musicales para atacar rudamente la escuela italiana de Verdi. Hoy que Wagner por una parte, y los maestros franceses y belgas por otra, han abierto nuevos horizontes á la música, ha quedado de manifiesto, al decir de ellos, todo lo deficiente y todo lo falso de sus obras, llegando á veces hasta juzgarlo como el compositor de las muchedumbres, tal como Núñez de Arce es, en opinión de algunos otros muchos, el poeta de la eterna burguesía.

Se anuncia para la temporada de invierno el estreno en París de la *Gioconda* de Gabriel D'Annunzio. Notable debe ser esta obra del gran maestro italiano, que ha sabido aún joven imponerse, y que es un gran literato y uno de los mejores poetas de la Italia moderna, á pesar de todo lo que pueda decir la pluma envenenada de Max Nordau.

Y puesto que hablamos de un poeta, sigamos con otros. Blanco Belmonte publica sus *Aves sin Nido*, con prólogo de Manuel Reina. Bien conocidos son estos poetas españoles para juzgar, la altura del libro y del prólogo.

En las riberas del Guayas preparan una hermosa fiesta. Se trata nada menos que de coronar al viejo poeta Numa Pompilio Llona. La idea, lanzada por un diario, ha hallado eco generoso en todos los corazones. Bien se merece este homenaje el cantor americano de estro vibrante y apasionado.

Como homenaje también á otro poeta, un poeta joven que, con temperamento de artista, fatigado y aburrido, se cansó de labrar versos delicados para regalar el torpe gusto de las multitudes y "una noche sombría, puso fin al poema de su melancolía;" como homenaje repetimos al exquisito José Asunción Silva, se habla en Bogotá de publicar en hermosa edición todos sus versos, prologados por el eminente crítico y hablista Baldomero Sanín Cano. Entre los hechos literarios y artísticos que apuntamos, es este uno de los que revisten mayor interés á causa del cariño que los pocos intelectuales del Istmo guardamos al poeta ausente.

También reviste interés el anuncio de dos libros: *El alma de los lirios*, de Vargas Vila, editado en París, y *A través de mis nervios* de Fray Candil, de igual procedencia. Trillan senderos muy diversos los dos escritores, pero son ellos, cada cual en su género, de gran fama en todo Hispano-América. Verdad es que la forma literaria de Vargas Vila demasiado brillante y harto rebuscada llega á veces á marcar, y que la crítica de Emilio Bobadilla no es ni con mucho la de Menéndez Pelayo ó Juan Valera, pero no por eso dejan de ser escritores de aquilatado mérito ni sus producciones de resultar originales é interesantes.

Otros libros publicados son los siguientes: *Modernistas*, notable estudio de Víctor Pérez Petit, el uruguayo de lenguaje encantador é ideas profundas, y *Recuerdos*, de Enrique Gómez Carrillo bien conocido de nuestro público.

Para terminar, una buena noticia. Rubén Darío prepara en París, en virtud de arreglos con la casa editora de Garnier Hermanos la publicación de un nuevo libro, *Tierras Solares*. El maestro divino que pule el verso delicadamente y labra su prosa con la galanura mas aristocrática tendrá concluido su libro para fines de Noviembre. Lo integrarán artículos publicados en el gran diario *La Nación* de Buenos Aires y reproducidos casi en su totalidad en alguna notable revista madrileña. Excusado es decir que esos artículos son conocidos aquí de muy corto número y aun los que gozan de este privilegio solo lo disfrutan á medias, pues no saben de todos ellos. Bienvenido el libro del maestro con sus períodos vibrantes llenos de vida, en que esplenden las tierras de plena luz y mágico sol. Buenos Aires, Barcelona, Madrid, y tantas mas que el poeta ha visitado en su peregrinación intelectual.



Las monedas

POR ANGEL DE ESTRADA H.

QUIZAS para distraerme al esperar á un amigo inexacto, en vez de encender un cigarrillo, hacía maquinalmente saltar entre mis dedos tres ó cuatro monedas de oro. Pensaba en nada, y en todo, teniendo por delante el lienzo blanco, que recibe, armonizadas ú ofuscándose, las imágenes de la linterna mágica que llevamos en el cerebro. Una moneda cayó al suelo, y al levantarla, su fecha, 1810, vista en una ojeada, me hizo colocarla con atención entre las otras, cuya data era la de nuestra emancipación. Su oro pálido, desgastado, tenía no sé qué de noble gesto; dijérase contenta de que se la mirara así, con ojos que no contaban sus veinte francos. La di vuelta con cierto respeto y surgió su efigie sin corona, con la cabeza de ayer, que hoy parece retroceder en los siglos, y sería la de un héroe legendario de Homero, si no fuese cuerda de bronce en la lira de Hugo... Napoleón! ¿Quién pudiera escribir la historia de esta moneda! Aventurera, como su padre, ha viajado quizás los países por él vencidos; disco de oro, instable como la fortuna, con cuatrocientos sueldos de genio, acuñados por la gloria, ¿que rincón de París no habrá recorrido! Hoy, la mano de San Vicente poniéndola en la buhardilla; mañana la de Triboulet haciéndola descender á un antro. Gautier la llevó en su chaleco rojo en la Batalla de Hernani, y cuarenta años después, con ella en el bolsillo, Dumas pronunció en Montmartre la oración fúnebre del gran artista. Con su valor comió quizás, Wagner, la noche del fracaso del *Buque Fantasma*, y ella vió la amargura y dejó al irse más en la pobreza, al hombre que ha oído á Dios como un Moisés de la armonía. Con ella, Bismarck acaso compró en la Exposición un papel secante, que le sirvió para la tinta del telegrama de Ems. Rodó de un bolsillo perfumado en las Tullerías, y recojida por una hujier, propor-

cionó una orgía de cerveza, mientras llamea el Hôtel de Ville... Para Rosthchild un grano, para Diógenes una siembra; rodando como las olas, movable como las nubes, pero corriendo de mano en mano, siempre por una idea, hoy me mira indiferente, con la tristeza del tiempo pasado, pero con el orgullo de su cuna, con el desprecio de su experiencia, excéptica en su cansancio, implacable en su mutismo, Ashavero singular del brillo y de la miseria humana.

A su lado, otra moneda más viva en su oro, muestra un Luis Felipe; y el rey burgués, transformado, se perfila con algo de suntuoso en la cabellera, y un Napoleón III, con su perilla familiar, luce también como un César coronado de laureles. ¡Éstas también tienen su historia! Y el silencio de los tres discos, á que la imaginación no puede arrancar una verdad, ni la voluntad una palabra, acrece el silencio donde se aguza mi espíritu, cortado por el tic-tac del reloj, que crece casi hiriente. El esporado comarada, al fin, llega; las monedas caen en mi bolsillo y salimos para el teatro. Si ellas han podido oír la *Dame de chez Maxim's*, ¿no habrán recordado con estupefacción que sirvieron á Flaubert, para pagar la multa de ataque á las buenas costumbres, por *Madame Bovary*? Pero yo las tenía completamente olvidadas, y he aquí como volvieron á la escena. El cochero, en la puerta del Café de la Paz, me devolvió una de ellas:

—Pero, señor, si esto no vale; no es ni la sombra de un luis!

Recogí la moneda.

—¿Qué es?—preguntó mi amigo, al tiempo que tendía la Libertad, Igualdad, Fraternidad, contenida en cinco francos.

—Un Napoleón I—le respondí. El cochero se cobraba; mi amigo añadió sonriendo:

—Ni la sombra de un Luis! retén el vuelto por la frase.

Oímos desde el pescante un sonoro gracias principes; los criados, por las dudas, nos hicieron una reverencia; barriendo el piso con el frac azul, y entramos coronados bien baratamente en aquella catedral de Reims de la república!



Notas.

ACOMPAÑADO

de una de sus jóvenes hermanas siguió últimamente á Estados Unidos nuestro muy querido amigo el joven Doctor Alfonso Preciado, médico de nota.

Descamos al inteligente y cariñoso amigo una grata permanencia en el país de los hombres de hierro en donde hallará ocasión, seguramente, de perfeccionar sus vastos conocimientos científicos.

×

MR. JOHN BARRET,

apreciable *gentleman*, ilustrado y culto, es el nuevo Ministro residente de la República del Norte ante nuestro Gobierno.

Mr. Barret llegó á esta capital hace poco y grato nos es saludarlo atentamente á su venida á la tierra de Tomás Herrera y Justo Arosemena y oírle—por ser él hábil literato—las columnas de este quincenario que esperamos sobre con alguna producción de su gallarda plu-

ma, advirtiéndole que sus trabajos puede enviarnos en el idioma de Poe.

×

PRESENTAMOS

nuestras más sinceras expresiones de condolencia á nuestro amigo Don Eladio Lasso por la repentina muerte de su hermano político Don José Casís, ocurrida el 19 del mes pasado.

Hacemos extensiva esta manifestación á las hermanas y demás familia del extinto, á quienes deseamos resignación en su desgracia.

×

SE ENCUENTRA

entre nosotros el General Santiago de la Guardia, nuestro Ministro ante el Gobierno de Costa Rica.

Con el General de la Guardia ha venido el joven amigo Francisco de la Espriella hijo.

Con placer saludamos á tan distinguidos compatriotas.

×

A ESTADOS UNIDOS

siguió en viaje de recreo el honorable caballero Don José Agustín Arango, persona de alta talla política y social.

Acompaña al señor Arango su nuera Doña Helena de la Guardia de Arango quien va á tratar de restablecer su salud algo quebrantada, lo que esperamos logre.

×

NOS PARTICIPA

nuestro inteligente amigo el Doctor Luis de Roux, en atenta tarjeta, su viaje á Londres, para donde solicita órdenes.

Nos complacemos en desear al ilustrado Doctor de Roux un feliz viaje, y una grata permanencia en la ciudad gigante de las nieblas y los Lores.

×

DE NUEVA YORK,

ha regresado don José Paredes, completamente restablecido de la dolencia que lo aquejaba.

El estimable caballero fue sometido en la metrópoli americana á una dolorosa operación de resultados felices.

Nos congratulamos con él por su curación radical.

×

EL APRECIABLE AMIGO

don José Misteli, sufrió una caída mientras se entregaba á ejercicios atléticos, á causa de la cual se fracturó el brazo izquierdo.

Largas noches de insomnio ha contado el el culto caballero que por fortuna mejora notablemente, á satisfacción de sus numerosos amigos.

ZAPATERIA

de Jorge E. Díaz.

Siempre hay en existencia en este establecimiento un surtido completo de calzado de todas clases.

Se presta especial atención á los pedidos para el Exterior.

Precios los más reducidos de la plaza.